

# La casa de una escritora en Gales

JAN MORRIS

TRADUCCIÓN DE  
BLANCA GAGO DOMÍNGUEZ



**Gallo Nero**

[www.gallonero.es](http://www.gallonero.es)

Título original:  
*A Writer's House in Wales*

Primera edición: octubre 2023

First published in 2002  
National Geographic Society

© 2023 de la presente edición: Gallo Nero Ediciones, S. L.

© 2023 de la traducción: Blanca Gago Domínguez

© 2010 del diseño de colección: Raúl Fernández

Diseño de cubierta: Gabriel Regueiro

Maquetación: David Anglès

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por Ace Traductores

ISBN: 978-84-19168-36-8

Impreso en España

Depósito legal: M-28335-2023

Este librito no puede inscribirse en la ficción, pero tampoco está basado en hechos reales, pues describe la casa de una escritora templada por la profusa imaginación de esta misma. Se lo dedico a los dos guardianes omnipresentes de la morada: Elizabeth, que la comparte conmigo, y Gales, que es su dueño y su inspiración.

Trefan Morys, 2001

Trefan Morys es el nombre de mi casa en Gales y, a decir verdad, creo que lo más interesante es el hecho de que está en Gales. Puesto que la noción de la identidad galesa es algo que me cautiva, para mí Trefan Morys es una suma, una metáfora, un paradigma, un microcosmos, un ejemplo, un *multum in parvo*, una manifestación, una solidificación, una esencia, un epítome regular de todo lo que amo de mi país. Sea cual sea el futuro de Gales, y aunque su carácter se vaya diluyendo con el paso de las generaciones, espero que mi pequeña casa permanezca como un tributo a lo mejor que ha albergado en ella.

¿Sabéis dónde está Gales? La mayoría de gente no tiene ni idea. Es una península en el corazón de las islas británicas, en el flanco oeste de Inglaterra, justo enfrente de Irlanda. Se extiende por más de trescientos kilómetros de norte a sur, y apenas supera los cien kilómetros de ancho. En su propia lengua se conoce como Cymru, que significa *camaradería o consideración*. Gales forma parte de Gran Bretaña, y muchas veces —demasiadas— los extranjeros lo confunden con Inglaterra, pero sus gentes componen una de esas naciones minoritarias que, desde los poderosos catalanes hasta los infinitesimales caraítas, han logrado preservar su identidad, de forma milagrosa y en mayor o menor medida, a lo largo de las infinitas convulsiones de la historia europea. Todas ellas están sujetas a la dominación política de un Estado mucho mayor, pero siguen con la voluntad de ser fieles a sí mismas y, en general, esperan poder mantenerla en el marco de una Europa unificadora.

Esas supervivencias quijotescas me resultan muy afines. No me gustan la pompa ni los ceremoniales, y prefiero ser poeta antes que presidenta —a menos que, como Abraham Lincoln, pudiera ser ambas cosas a la vez—. Lo pequeño no siempre es bello, como solía advertir un mantra de los años setenta, pero a mí siempre me interesa más que lo grande, lo amplio, y las pequeñas naciones me atraen más que las grandes potencias. En 1981, el príncipe de Gales titular, que casi nada tiene que ver con el país y no posee casa alguna en el territorio, se casó con la futura princesa Diana en la abadía de Westminster, en Londres, ante incontables muestras de adulación mundial. El enorme despliegue de ostentación y tradición, con caballos, trompetas, eclesiásticos con túnicas litúrgicas, guardias armados, estandartes reales y toda la consecuente parafernalia se transmitió en directo por las televisiones de todo el mundo. A mí me pareció todo demasiado vulgar y de un romanticismo poco convincente, y junto a una pequeña banda de patriotas con ideas afines, decidimos celebrar en su lugar y por nuestra cuenta un aniversario que justo caía en esa misma fecha. Novecientos años antes, los príncipes galeses Trahaearn ap Caradog y Rhys ap Tewdwr lucharon en la batalla de la montaña de Mynydd Carn, y eso fue lo que decidimos conmemorar. Quizá era un sustituto demasiado oscuro para la boda real televisada de Westminster, pero al menos suponía una ocasión muy nuestra. Dimos con la montaña en un día dominado por una permanente llovizna y, mientras el universo entero miraba embobado los esplendores de la abadía, nosotros nos apiñábamos en la cima embutidos en nuestros impermeables para celebrar una pasión privada y no una exhibición pública.

De hecho, la ostentación nacional, al parecer, cada vez está más denostada, incluso en Inglaterra. Así como los tanques ya

no atraviesan la Plaza Roja el primero de mayo, las formalidades se desvanecen en los palacios reales, incluso en los más decorosos con la tradición. Hace poco acudí a una recepción en el palacio de Buckingham y, cuando quise marcharme, no fui capaz de encontrar a ninguna reina, príncipe o duque a quien agradecer su hospitalidad real. Le dije al policía de la puerta que habría querido despedirme con un «gracias por invitarme» a los anfitriones, pero al no encontrar a nadie en la casa, todos mis agradecimientos iban para él. «De nada, señora —replicó de inmediato—, vuelva cuando quiera.» No obstante, pese al estilo relajado que exhibe ahora la monarquía, la nación inglesa nunca podría abandonar sus pretensiones. Las ha llevado demasiado lejos. La simplicidad es una prerrogativa de los pequeños Estados y, sobre todo, de las naciones minoritarias que, como Gales, están lejos de ser Estados —y debido a la naturaleza de las cosas, la magnificencia rara vez es su estilo—.

El patriotismo, por otra parte, cabalga a grandes alturas en estos lugares. No me gusta la palabra *nacionalista* porque parece implicar un cierto chauvinismo o connotaciones agresivas, pero respeto el patriotismo honesto en todas partes, y he llegado a considerarme una patriota de las minorías, tal vez una patriota cultural que cree que merece la pena preservar las características de un pueblo, una lengua, una tradición, un ideal, por muy insignificantes que sean y por el propio bien de esa minoría. La soberanía política tal vez sea necesaria para ello, pero puede ser una soberanía defensiva en esencia, que no resulte amenazadora para nadie y consista, básicamente, en que la dejen en paz. De todos modos, como dichos enclaves tienen a lo sumo unos pocos millones de personas, y lo más peligroso que estas tienen

en las manos es un rifle de aire comprimido, será difícil que puedan hostigar a otros.

\*

Gales, con sus casi tres millones de habitantes,<sup>1</sup> no es la nación minoritaria más pequeña de Europa, pero su historia se cuenta entre las más complejas. Casi todo lo que concierne al territorio, de hecho, es enrevesado —y lleno de palabrería, apuntarían sus críticos—, además de encerrar una buena dosis de amor propio. Mucho antes de que existiera Inglaterra, el pueblo celta galés, los *cymry*, eran los británicos originales. Vivían en toda la isla y observaban la fe animista de los druidas, muy extendida por gran parte de Europa y con santuarios supremos en el oeste de Britania. Cuando los romanos llegaron a la isla, eliminaron el sacerdocio druida, hostil a sus ambiciones, y cuando se retiraron de la isla, sus sucesores sajones, mucho más rudimentarios, arrinconaron a los *cymry* en Gales.

Allí vivieron heroicos, repeliendo todos los asaltos, gobernados por sus propios príncipes y nobles y honrando sus leyes y valores, así como su propio lenguaje poético. Gales se convirtió al cristianismo cuando los errantes misioneros irlandeses llegaron al territorio, y forjó una iglesia autóctona con una plétora de santos nativos (san Teilo, san Illtyd, san Pedrog, san Beuno, Padarn, Cybi, Elian, Curig y Non) de los que nadie había oído hablar nunca en Roma, pero que siguen respetándose a día de hoy. Durante mil años, los galeses estuvieron solos en el mundo.

---

<sup>1</sup> En la actualidad el país cuenta con algo más de tres millones de habitantes. Todas las notas son de la traductora.